

viéron el honor de descubrir ó de aceptar todas las ideas nuevas que estaban de acuerdo al mismo tiempo con la razon y la fé. Tuvieron aquella valentia prudente, que hace pasar junto á los escollos descubiertos, pero sin chocar contra ninguno; ó en otros términos, fueron los obreros mas juiciosos y mas enérgicos de esa obra civilizadora que se preparó desde la Edad Media, y les bastó para alcanzar tan grandes resultados, penetrarse del espíritu de San Francisco, y mostrarse, en sus meditaciones filosóficas, en sus inspiraciones poeticas y en sus sermones sociales, discípulos fieles del patriarca de los pobres.

recibidas en un principio, pero siempre firmes hasta el fin. Así, pues, desde que el Santo comenzó á predicar la paz, la penitencia y la pobreza, vino á ser objeto de la atención pública. Unos lo ridiculizaban, otros lo aplaudían, pero ninguno se mostraba indiferente. Hacíanse todos preguntas sobre la vida pasada de este hombre extraordinario, que tan pronto nos parecía comprender las necesidades de la sociedad, cuanto nos entregado á Dios vivía, y las poblaciones enteras se rebelaban contra, maravillosos sucesos acerca de él.

II.

La juventud y la conversion de San Francisco.

Acabamos de ver cual es la idea primera, el pensamiento inspirador y dominante que dirigió todos los esfuerzos de Francisco de Asis, y que presidió á la institucion de los Hermanos Menores. Los espíritus estaban ya preparados; las sangrientas é interminables luchas los habian puesto en sazón para acoger las doctrinas conciliadoras, siempre mal

recibidas en un principio, pero siempre triunfantes al fin. Así, pues, desde que el Santo comenzó á predicar la paz, la penitencia y la pobreza, vino á ser objeto de la atención pública. Unos lo ridiculizaban, otros lo aplaudían, pero ninguno se mostraba indiferente.

Hacíanse todas preguntas sobre la vida pasada de este hombre extraordinario, que tanto mas parecia comprender las necesidades de la sociedad, cuanto mas entregado á Dios vivia, y las poblaciones enteras se repetían, á porfía, maravillosas anécdotas acerca de él.

Hablábase de los prodigios que habían acompañado á su nacimiento en un establo [*]; de los presentimientos de grandeza que tuvo desde su infancia; de las estrañas aventuras que corrió; y de ese delirio perpetuo de amor divino que siempre parecia embriagar su razon. Este hombre, que se dedicaba á los trabajos mas humildes, y que pedía limosna bajo el traje mas pobre, era hijo de uno de esos ricos comerciantes de Italia, que mas adelante debían igualarse á los

[*] San Francisco nació en 1182, bajo el pontificado de Luciano III.

reyes, y que entretanto eran los vencedores de los Césares.

Intrépido, misericordioso, pródigo hasta el exceso y compañero jovial, aspiraba á todos los placeres y á todas las glorias; organizador y director de todas las fiestas, y al mismo tiempo singularmente activo en los negocios mercantiles; el jóven vecino de Asís reunía la mayor parte de las prendas y defectos de nuestra nacion francesa, cuya lengua gustaba de hablar. Su padre, á quien dominaba el espíritu de lucro y de economía, hasta tocar en la avaricia, vituperaba sus gastos dispendiosos; pero sostenido el jóven por la ternura de su madre, continuaba en su vida alegre. Sabia ejercer, desde entonces, ese imperio sobre las almas, esa fascinación espiritual que ha sido el carácter distintivo de su vida; sentia, desde entonces, en su corazón una inmensa ternura por todos los que eran débiles y que padecían, y estos vagos instintos parecia, algunas veces, que le revelaban su porvenir. Un dia hizo sobrecargar de gran cantidad de pan la mesa paterna. “¿Para quién son estas provisiones? le preguntó su madre,—para todos los pobres, exclamó Fran-

“cisco, que tengo en mi corazón.” Los habitantes de Asis olvidaban así, de muy buena voluntad, los descarrios del hijo de Bernardone y sus prolongados festines, la brillantez de sus vestidos y sus bullicios nocturnos; y cuando lo veían atravesar por las plazas con sus alegres compañeros, cantando y llevando en la mano el baston de presidente de la fiesta, lo llamaban *la flor de la juventud*.

Mas era preciso que esta flor produjese sus frutos, y no tardaron en sobrevenir los reverses y los disgustos. Arriesgóse, en compañía de sus jóvenes compatriotas, á salir fuera de los muros de Asis, un dia en que esta ciudad estaba en guerra con Perusa, y cayó prisionero, quedando así, por un año, entregado á sus reflexiones. Cuando regresó á Asis fué atacado de una larga enfermedad, y desde entonces los goces exteriores, que habian pasado por su alma sin cautivarla, no tuvieron ya ningun atractivo para él. Sin embargo, no se entregó todavía á Dios, y al amor del placer sucedió el amor de la gloria. Un vago instinto de grandeza conmovia su corazón, ¿por qué no habia de gobernar él tambien una nación? Propúsose, pues, ir á sostener á

Gaulterio de Briena [*], en su lucha contra el emperador. Refieren las leyendas que en el momento en que iba á realizar su designio, apareciósele en sueños un inmenso y magnífico palacio; que por todas partes veia brillar lanzas, corazas, escudos y espadas desnudas; y que como la vista de un espectáculo tan nuevo para el jóven comerciante le encantaba, preguntó: “¿para quién son estas riquezas?” y que oyó esta respuesta: “Todo esto, palacio y armas, son para tí y para tus compañeros.”

Francisco interpretó desde luego, en un sentido material, este ensueño, que agitó fuertemente su imaginación. Partió, como esos simples caballeros de Francia, que habian cambiado en cetros sus valientes espadas; y, sin embargo, por una contradicción muy singular y á la vez muy natural en el corazón de un hombre, no sintió mas, despues de su ensueño, que ese ardor guerrero

(*) Gaulterio de Briena estaba casado con la hija de Tancredo, rey de Sicilia, y defendia sus derechos contra el emperador, que no queria reconocerlos.—Gaulterio de Briena era decididamente guelfo y gozaba de mucha popularidad en Italia.

que le animaba: otro sueño le dió la esplicacion verdadera y cristiana del primero. Comprendió que las armas y la fuerza brutal no tenían ningun poder para fundar una cosa útil, gloriosa, permanente; y, desengañado de la vanidad militar, se volvió á la casa paterna.

Desde entonces apareció todo trasformado el jóven comerciante; habia vencido al mundo renunciando su vida muelle y sensual; habia triunfado de sí mismo, abandonando las ambiciosas esperanzas, y pudo entregarse todo entero á la humanidad y á Dios, á quien veia en todos los pobres. No le ocupaba mas que este solo pensamiento: ¿cómo salvar á la iglesia que parecia bamboleaba, y á esos pueblos que dudaban de la palabra de vida? qué era lo que Dios esperaba de él y de los que se sentian con valor para sacrificarse. Andaba errante por el campo predicando con fervor, socorriendo á los pobres con una abnegacion inaudita y buscando en las lágrimas el secreto de la mision que habia recibido. ¡Ah! si la historia nos hubiera conservado las reflexiones que se agolparon en el jóven convertido, cuando examinaba en su conciencia las peligrosas necesidades del tiempo en que

vivia, y el papel que convenia desempeñar, en medio de tantos desórdenes, á un hombre de corazon y de fé, tendríamos ciertamente en esas penosas meditaciones una revelacion curiosa de los principios del siglo XIII.

Las palabras que ya hemos citado y que oyó en el templo de San Damian, fijaron inmediatamente las irresoluciones de Francisco. Vivía en un siglo en que la necesidad de construir era casi tan imperiosa como la de talar. Los templos se levantaban ó se reedificaban como por encanto, y era una obra piadosa para todos y á la cual se dedicaban, á porfia, los artistas y los artesanos, la de contribuir con piedras y con cinceladuras á esas vastas catedrales que hoy nos causan admiracion. Interpretando todavía San Francisco, en un sentido rigurosamente material, la revelacion que se le habia hecho: creyó que Dios esperaba de él una obra de esta naturaleza. Este jóven afeminado cargó sobre sus espaldas, en medio de mil burlas que le hacian, las piedras pesadas que solicitaba de la piedad de los fieles; y el ambicioso que quiso ser rey se convirtió en albañil. ¡Qué leccion de humildad para el clero

del siglo XIII, que hacia alarde de un lujo orgullosa, y que no habia vencido la tiranía feudal sino para contraer las costumbres dominantes!

Al mismo tiempo, Francisco, que no separaba de su alma el amor de Dios y el del hombre, se dedicaba, con particular esmero, á los leprosos: ya se sabe que en la Edad Media tenian á estos encerrados en una terrible reclusion, lejos de la vista de los hombres. La iglesia habia intervenido para dar, á lo menos, á este secuestro riguroso, un carácter menos cruel y mas religioso. No pudiendo introducir en el mundo las víctimas de esta espantosa enfermedad, colocó cerca de ellas lo que habia de mejor en la sociedad, los apóstoles de la caridad valerosa. No solamente fué San Francisco uno de los mas asiduos asistentes de los leprosos, sino que tambien se dedicó á los servicios que mas repugnan á la delicadeza de los sentidos; se le vió arrodillarse delante de los enfermos y besar sus úlceras con amor respetuoso; porque veia en ellas signos sagrados de la grandeza y del sufrimiento humano. Refiérese que un dia, al principio de su conversion, yendo á caballo

por una llanura que se estiende abajo de la ciudad de Asis, percibió á un leproso: su primer impulso, causado por la vista desagradable de aquel, fué volverse hácia atrás; pero muy pronto se sobrepuso á esta ruin accion, y fué con humildad y valor á besar la mano de aquel desgraciado, dándole una limosna. Apenas acabó tan santa accion cuando desapareció el pobre leproso, y en vano lo buscaban las miradas de Francisco por la inmensa estension de la llanura; porque este leproso, dice la leyenda, era Jesucristo.

Bernandone, sin embargo, que nada comprendia de los trasportes de caridad de su hijo, le echaba en cara continuamente su liberalidad con los pobres, y se irritaba por las inclinaciones de éste á la vida contemplativa. Hizo con San Francisco lo que el conde de Aquino debia hacer, cuarenta años despues, con Santo Tomás: lo encerró para impedirle que siguiera su vocacion religiosa. Liberado el jóven por su madre, sintió aumentarse su fervor en razon de los padecimientos que su fé le habia costado. El amor de Dios y del hombre, vivo siempre en sus menores palabras así como en sus menores acciones,

vino á ser en su alma una especie de arrobamiento sin fin, un ardor perpétuo de corazón. ¿Quién no ha leído al Cid de Guillen de Castro? Este no es el héroe de Corneille, cortado á lo estoico y sacrificando de una vez para todas su amor á su deber, es una alma que llena siempre de heroísmo, á cada instante se ocupa de combates y de gloria. Por todas partes cuchilladas, por todas partes intrepidez, por todas partes entusiasmo, ese delirio del valor; apenas puede el lector respirar en medio de esta esplosion de fiereza y de grandeza. San Francisco es, entre los Santos, lo que el Cid de Guillen de Castro es entre los caballeros. Sus virtudes tienen no sé qué carácter poético que las hace singulares: su vida es un himno en acción; su santidad va alguna vez hasta tocar el último extremo, sin traspasar los límites de la razón, bastante estrechos para ella. Aquí, pasando por un bosque, en los alrededores de Asis, inflamado por Dios, canta sus alabanzas aun en medio de los bandidos de la montaña, y dejado por muerto en un foso se levanta y entona de nuevo aquellas alabanzas. Allí, arrastrado por el amor de los pobres, va á Roma, cambia

sus ricos vestidos por los harapos de un mendigo, y durante un día entero toma su lugar en el pavimento de la iglesia, reputándose feliz por alargar la mano á la piedad pública, y elevarse á la dignidad de aquellos que el mundo abate. Algun tiempo despues, queriendo su padre perseguirlo hasta delante del obispo, se arrojó á los piés del prelado, renunció su herencia y aun se despojó de sus vestidos en presencia de todos, para dar un testimonio público de la privacion absoluta en que queria vivir; y despues, reuniendo en su corazón un profundo abatimiento [á causa de que su padre le retiraba su amor], y una tierna confianza en la bondad divina que era la única que le quedaba para sostenerlo, exclamó delante de todos: "Escuchad, y entended; hasta hoy he llamado á Bernadone *mi padre*, pero en lo sucesivo puedo decir resueltamente: "*¡Padre nuestro que estás en los cielos, y en quien he puesto mi tesoro y la fé de mi esperanza.*" En todas ocasiones, ó mejor diremos, en cada hora de su vida, hallamos en el patriarca de los pobres este mismo ardor sobrenatural, que llegó á ser el estado normal de su alma.

El poder, la influencia, todas las ventajas sociales, resultaban, en la Edad Media, de la herencia y de la familia; pero es preciso recordar que al lado de esta familia de sanguinidad que nos proporciona relaciones tan dulces, habia otra familia mas íntima todavía, porque es toda espiritual, que resulta de las relaciones necesariamente establecidas entre los hombres por una fé comun, y en la cual solo Dios es el verdadero padre, porque solo Dios es la verdad absoluta.

Ninguno mejor que Francisco habia conocido la necesidad de recordar al mundo esas grandes verdades que habian caido en olvido, y que no comprendian ni los innovadores del siglo XIII, ni sus contrarios; los unos porque las exageraban; y los otros, porque las negaban. Sintiéndose un dia muy atormentado por los denuestos perpétuos de su padre, se fué á ver á un pobre viejo, el mas miserable y mas abatido de los pobres de Asis, y le dijo con ternura: "Ven, tú serás mi padre, y cuando veas que me maldice mi padre Bernardone, yo te diré: *Benedicidme, padre mio*, y tú me bendecirás." El pobre mendigo quedó, sin duda, muy orgulloso por se-

mejante adopcion. Siguió putualmente las órdenes de Francisco, y este decia á Bernardone: "Ved como Dios puede darme un padre que me bendiga, cuando vos me maldecis."

Las primeras pruebas, sin embargo, debian tocar á su término, y San Francisco comprendió, despues de dos años de irresoluciones y de inquietudes, lo que Dios aguardaba de sus esfuerzos. Un dia que seguia, como de ordinario, el problema de su vida, concurrió á la misa de los apóstoles, en la iglesia de Santa María de los Angeles, y oyó estas palabras del Evangelio: "No lleveis oro ni plata, ni moneda alguna en la bolsa, ni saco ni vestidos, ni calzado, ni báculo." Este precepto de Cristo, que se aplicaba tan bien á la situacion social del siglo XIII, fué un rayo de luz para San Francisco. "Ved lo que yo busco, exclamó, hé aquí lo que se proponen realizar todos mis votos!" Inmediatamente se vistió el traje de los pobres habitantes de los Apeninos, la túnica gris cenicienta, con cordon á la cintura, sin bolsa, sin báculo, sin calzado, y se fué á predicar á sus conciudadanos *la penitencia, la paz y la libertad de los hijos de Dios.*

Así fué como se realizó el ensueño de Santa Hildegarda. Preocupada con la disolución social y religiosa que amenazaba al mundo, esta santa y heroica virgen vió en sueños á la iglesia bajo la figura de una mujer desolada, que con el rostro cubierto de polvo, exclamaba dolorosamente: "Las zorras tienen sus cuevas, y los pájaros sus nidos, y solo yo no tengo nadie que se duela de mí, y me socorra: no tengo ni báculo en qué apoyarme." Compadecido Dios, á estas palabras, habia hecho se apareciese un religioso, cuya vida imitaba á la de Cristo, pues tenia como el Divino Maestro, el amor de los pobres y de la pobreza; y este religioso era S. Francisco de Asis.

Este delirio, y otra multitud de circunstancias maravillosas, eran evidentemente comentadas por los pueblos de Italia; entreteníanse, sobre todo, con el cambio inaudito que se habia verificado en los hábitos del antiguo vecino de Asis, cuando se convirtió. Jamas Francisco se habia arrojado precisamente á una vida desordenada, pues tenia en sí una especie de delicadeza natural, que repugnaba los excesos habituales á que se entregaba la

juventud italiana; pero se habia dedicado con pasión extraordinaria á los tumultos de las fiestas, á los banquetes prolongados en la noche, y á las compañías alegres y bulliciosas de los jóvenes de su edad. Poseía todos los gustos elevados de un corazón noble; amaba las artes, la poesía, la música, su patria y la libertad; habia combatido contra los gibelinos de Perusa, y soportado con una alegría, mas francesa que italiana, el fastidio del cautiverio; estas cualidades eran sin duda grandes, y á ellas añadía, como lo hemos dicho ya, una ternura inmensa á los pobres y á los débiles. Pero al mismo tiempo habia en él un ardor tan estremado, siendo casi febril la actividad que lo devoraba, que disipaba á la ventura tan ricos tesoros. Esta delicadeza natural se convirtió alguna vez en orgullo y en ambición; quiso mandar en todas partes, é hizo ostentación de un fausto que escandalizaba á los ojos severos; mas apenas se convirtió á Dios, renunció á todo lo que habia sido hasta los veintiun años de su edad el encanto de su vida. Vestido ahora de mendigo, y llorando siempre que encontraba á algunos de sus semejantes mas pobre que él, care-

ciendo por la mañana de albergue seguro para la noche, trabajando rudamente de manos, o pidiendo limosna en los caminos, objeto de las burlas de los muchachos que lo trataban de loco, se ocupaba todos los días en predicar por las calles *Dios y la Caridad*, y en orar por la noche. Además, no tenía esa regularidad terca y constante, ese aspecto huraño y orgulloso de piedad que resfria á los pueblos; donde se le presentaba la ocasión de glorificar á Cristo y á la santa pobreza, la aprovechaba, simpatizando con todos sus semejantes, plegándose á todos sus hábitos, riendo con los que reían, llorando con los que lloraban, asistiendo á sus duelos, y algunas veces á sus fiestas, disfrutando con los niños de los juegos mas humildes; en una palabra, entrando en lo posible por una caridad inmensa, en la vida de todos y de cada uno, á fin de hacer penetrar en su alma la necesidad de la perfección evangélica. Solamente de vez en cuando se retiraba á la soledad para meditar, orar y recojer del cielo, las fuerzas bastantes para llevar adelante su empresa en la tierra.

siempre se retiraba á la soledad para meditar, orar y recojer del cielo, las fuerzas bastantes para llevar adelante su empresa en la tierra.

los Apóstoles, exhortando á los nuevos discípulos á que distribuyeran su vida en los caminos, la vida que consagraban á Dios y á la caridad. Y la vida que consagraban á sus semejantes. Era común que atravesaran en sus viajes los grandes bosques de árboles, participase el cielo, y sobre el cielo, de una noche á una de estas nuevas religiones de que habla la historia.

III.

Predicaciones populares de San Francisco y de los franciscanos.

Tal era el hombre que en 1208 recorría da Italia, ya orando en la soledad, ya predicando á los pueblos. Estos acudían á donde él estaba, porque había adivinado sus necesidades. Bien pronto le siguieron algunos discípulos, declarándose ellos mismos *los caballeros de la pobreza evangélica*. Para marcar bien su misión á la vista de todos, y para hacer conocer á las gentes que venían á rescatarlas, glorificando en sus personas á los pobres y á los humildes, se llamaron los *Hermanos Menores*. Atravesaban los campos y las aldeas de